

LÁSTICA

El pincel por el mango

Mariana Varela, con mucha paciencia, pinta mujeres. Ahora sus cuadros están en Galería del Cerro.

Mariana Varela viene pintando mujeres desde que se decidió a dejar las actividades paralelas, aunque relacionadas con el arte, como la tapicería mural y la publicidad gráfica.

"Dejé todo cuando me decidí —comenta—. Pero me tuve que sacar la publicidad a tirones. Fue un parto de un año entero."

Aunque había estudiado en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, sus menciones allí la alejaron de la pintura. Cuando tomó el toro por las astas, o más bien dicho el pincel por el mango, también sintió que debía volver a estudiar. Y lo hizo, con Eugenio Dittborn.

"Me metí con Eugenio porque nunca había tenido como profesor y él no me conocía a mí de nada. Así es que era como empezar de cero, que fue lo que estaba buscando en ese momento. Con él inicié un curso de un año y luego me quedé en un taller que duró cinco."

Mariana Varela tiene un entusiasmo por la pintura que le brota a borbotones. Los ojos le brillan cuando explica por qué utiliza el color como estallidos que inundan la tela, ofreciendo un fondo expresionista a sus personajes.

"El color me atrae y me siento libre pintando. Hay algo con la materia, en el



"Salen todas de mi cabeza. No uso modelos."

contacto con ella, que me es atractivo."

Para embadurnarse tranquila y dar rienda suelta a su inspiración, no trabaja en la casa que comparte con su marido y tres hijos. Prefiere encerrarse en su taller, el que tiene "a medias" con la artista plástica Bernardita Vattier.

"Me voy allí a las diez de la mañana y regreso a la casa a las 16.30, para ayudarles a hacer las tareas a los niños. Voy

todos los días, aunque sea sólo para lavar los pinceles."

Se declara "pacienciosa" con sus trabajos. Y conocedora del proceso por el cual, inevitablemente, pasa cada vez que se enfrenta a una nueva tela.

"Ya sé que hay que pasar por una etapa espantosa. Ahí las castigo, las doy vuelta. Pero después me reconcilio con ellas. Y nunca he dejado nada sin terminar. Hay que tenerle paciencia a la pintura. A veces, algunos cuadros, en determinados momentos del proceso, me provocan ataques de risa. Me gustaría ir tomándoles fotos en cada etapa."

El sentido del humor, que también se le escapa por los poros, es parte importante de sus obras. Incluso en los títulos aparecen nombres insólitos. "No se puede vivir sin humor —dice—. Sólo se sobrevive."

Las mujeres de Mariana Varela han formado parte en el pasado de una serie de muestras colectivas. Este mes, en cambio, reinan solas en la Galería del Cerro (Antonia Lope de Bello 0135), donde permanecerán hasta el 28 de junio.

"Ellas salen todas de mi cabeza. No uso modelos. Son imágenes que veo y luego las traduzco en la tela."

Maria Eugenia Meza ■

TEATRO

Ideas a granel

Lo que prima en *Calígula*, de Albert Camus (1913-1960), es un denso juego de ideas y no un estudio psicológico de los personajes. Así también lo comprendió el montaje de Alejandro Goic, presentado en el Palacio Pereira (Huérfanos 1515).

Camus obtuvo el premio Nobel en 1957 y, aunque él mismo rechazaba la descripción, generalmente se le considera, junto a Sartre, en la corriente existencialista. En esta obra, el des-

cubrimiento de lo absurdo de la vida conduce a Calígula al nihilismo. "Este mundo —dice— no tiene importancia, y quien así lo entienda conquista su libertad. Y justamente os odio porque no sois libres. En todo el imperio romano soy el único libre." Y poco después añadirá: "Siempre se es libre a expensas de alguien. Es fastidioso, pero normal".

Pero, como dirá otro personaje, "no es la primera vez que entre nosotros un hombre dispone de poder sin límites, pero por primera vez lo utiliza sin límites, hasta negar el hombre y el mundo. Eso es lo que me aterra en él y lo que quiero combatir". Ambas posiciones y tam-

bién otras se desarrollan a lo largo de la obra, en que el ambiente mismo de este descascarado Palacio Pereira, junto a elementos escenográficos, como los grandes espejos rotos, generan una atmósfera que es en sí toda una interpretación de la obra y, asimismo, se complementa con una pantalla que, al fondo, proyecta algunas escenas en video.

El interesante montaje de Goic es más logrado en el primer acto, y aunque el elenco es disparejo, contó con un buen trabajo de Carlos Concha como Calígula. También fue un placer volver a ver a Jorge Álvarez sobre un escenario.

H.E. ■

Nº 2915
1991
página (34)